

Editorial CIMS 97 (Barcelona).

La rebelión de los metecos - Capítulo I.

Andreassi Cieri, Alejandro.

Cita:

Andreassi Cieri, Alejandro (1997). *La rebelión de los metecos - Capítulo I*. Barcelona: Editorial CIMS 97.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/alejandro.andreassi.cieri/12/4.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pvSk/FFZ/4.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

res no cualificados, nativos o inmigrados, que demandaba la expansión de la economía agroexportadora.

CAPÍTULO I.

La sociedad del capitalismo agroexportador y la consolidación del estado oligárquico: instituciones políticas, patronales y obreras.

El crecimiento económico y la constitución de una moderna sociedad capitalista en Argentina se aceleró a partir de su vinculación definitiva al mercado internacional que lideraba Gran Bretaña en el siglo XIX. Las condiciones en que se realizó ese acoplamiento marcaron un prolongado período que se extendió hasta la primera mitad del siglo XX definiendo el modelo económico con el que ingresó en la división internacional del trabajo, caracterizado por la articulación de la economía argentina alrededor de su producción agropecuaria, orientada fundamentalmente a la exportación, como actividad principal.

Ese proceso no sólo fue consecuencia de las excepcionales condiciones naturales de la joven nación, sino también de la estrecha vinculación entre la gran burguesía propietaria de las tierras más fértiles y una elite política que controló el proceso de consolidación del estado nacional e impulsó la participación argentina en la división internacional del trabajo como proveedora principal de materias primas de origen agropecuario aceptando el liderazgo industrial y financiero de Gran Bretaña.³ Para alcanzar esos objetivos se incrementó el área explotada por medio de la apropiación concentrada tanto de la tierra como de la fuerza de trabajo en forma de arrendamiento o aparcería. La expansión del latifundio y las dificultades en el acceso a la propiedad de la tierra a los medianos y pequeños agricultores -muchos de ellos procedentes de la inmigración- se debió varios factores. La existencia previa a la independencia de un núcleo de hacendados ("estancieros") que practicaban una ganadería de tipo extensiva con utilización de poca mano de obra y muy bajas inversiones en relación a los elevados beneficios que obtenía, especialmente en el territorio de lo que luego sería la provincia de Buenos Aires. El desalojo de los pueblos nómades del sur mediante el ejército -"Conquista del Desierto"- impidió la formación de un mercado abierto de tierras a bajo costo, donde los nuevos territorios se distribuyeron principalmente entre antiguos propietarios, grandes financieros

e incluso especuladores.¹⁰ Se dio así un definitivo impulso a un proceso sostenido de acumulación capitalista que, con un ritmo acelerado, valorizó y puso en producción enormes áreas, donde la apropiación privada de la tierra en unas pocas manos desplazó las actividades de subsistencia de los pobladores de la campaña. Es necesario destacar el papel que jugaron los ferrocarriles en este desarrollo agropecuario y en la incorporación de nuevas tierras a la producción al conectar el interior pampeano con los puertos del litoral. Además, como sucedió habitualmente en otros países, vertebró el mercado interno. Su construcción y explotación fue uno de los principales objetivos de las inversiones británicas en Argentina.¹¹ Coincide con las tesis que sostienen que el crecimiento económico argentino, basado en el sector agropecuario, no dependió tanto de los factores de orden internos naturales y sociales como del impulso que procedía de los países industrializados -del que supieron aprovecharse los sectores propietarios más adecuados para esa producción primaria.¹²

Si bien la constitución formal como nación-estado moderna se produjo en la Asamblea Constituyente de 1853 al aprobarse el texto que con algunas modificaciones y muchas interrupciones es vigente hoy en día, no se resolvió de inmediato el largo período de enfrentamientos entre la provincia de Buenos Aires y las restantes provincias, que no había cesado desde la proclamación de la independencia. Éste se prolongó hasta la década de 1860 y se fue resolviendo progresivamente a favor de la burguesía agraria ("estancieros") y comercial de la ciudad-puerto y la provincia de Buenos Aires. El triunfo de Bartolomé Mitre, a la sazón gobernador de Buenos Aires, en 1861 sobre el ejército de la Confederación consolidó definitivamente su liderazgo económico al asumir progresivamente el resto del país las consecuencias del desarrollo agroexportador estrechamente vinculado a los mercados europeos y especialmente a la Gran Bretaña. Las elites del interior del país acabaron aceptando la supremacía económica del área del cual la ciudad de Buenos Aires era su núcleo vital, en lugar del proyecto delineado por los compromisarios de 1853 que sostenía una organización del estado nacional basado en el equilibrio político y la distribución equitativa de las rentas entre las diferentes provincias. Según David Rock, el modelo básico de los liberales bonaerenses era similar al de la ciudad-estado de la antigüedad, con el cual se aseguraba la completa supremacía política y económica de la ciudad-puerto, -Buenos Aires-, y en el cual al resto del territorio nacional se le reservaba el papel de mercado consumidor

de sus importaciones y proveedor de los productos de exportación así como fuente de recursos tributarios que permitieran el funcionamiento del estado.¹³

La aceptación de esta nueva correlación de fuerzas entre el interior y el litoral, convalidada por la victoria mitrista, fue facilitada por el auge de la producción y exportación lanera -iniciada en esa década- que exigía por una parte la apertura de nuevas tierras para los propietarios bonaerenses de rebaños ovinos en las zonas no ocupadas por las tribus nómadas situadas en las provincias de Santa Fe y Córdoba, mientras estas necesitaban los fondos de inversión que podía proporcionar la boyante economía bonaerense y sus rentas aduaneras así como la supresión de trabas a la exportación de la producción de los hacendados locales que debía realizarse a través del río Paraná.

El ajuste final del sistema político se realizó con la pérdida del poder formal por la *ciudad-estado* (supresión de la milicia y la emisión monetaria propias), con su federalización, a cambio del refuerzo del acuerdo entre los dirigentes políticos de las provincias del interior y las elites porteñas, que comenzó a gestarse con la presidencia de Domingo F. Sarmiento -quien desplazó en 1868 al sucesor de Mitre- y logró el apoyo de una importante fracción opositora bonaerense, aglutinada en el Partido Autonomista, que condujo a la constitución del Partido Autonomista Nacional (PAN) que representaría en adelante los intereses de la gran burguesía comprometida en el nuevo desarrollo económico argentino, hasta el final del período que abarca este estudio. Su referente político e ideológico sería la denominada «Generación del Ochenta», que desde una base positivista reivindicaban un programa de *modernización* del país que implicaba una decidida articulación con los países europeos más desarrollados, de los que Argentina sería proveedor de materias primas, consumidor de productos industriales y receptor de capitales. Esa relación estaría basada no sólo en los vínculos económicos sino en la reproducción casi mimética de las pautas culturales de los países europeos a los que consideraban vanguardia de la civilización.¹⁴

Pese a la continuidad de las elites en el gobierno nacional la *pax conservadora* todavía debería esperar al comienzo de la década de 1890 para transformarse en el rasgo dominante de la actividad política. No porque surgieran organizaciones o partidos que plantearan alternativas diferentes a la vía de desarrollo elegida por el liberalismo conservador y aristocratizante, sino porque los diferentes grupos de presión -especialmente los representantes de las provincias menos favorecidas por la

economía abierta- en el seno de la misma elite dominante no había establecido definitivamente los acuerdos que derivaban de la real correlación de fuerzas entre la diversas facciones. El inicio de un nuevo ciclo expansivo a partir del final de la década de 1870 y el último movimiento de ocupación de tierras mediante la llamada «Guerra del Desierto» (1878-1879) -que implicó el desalojo y exterminio de las tribus nómadas de las regiones centro y sur del país, bajo la dirección de Julio A. Roca- permitió la incorporación a la explotación agropecuaria de enormes superficies resolviendo así las necesidades de expansión de los grandes propietarios de tierras y ganado y afianzando, de este modo, el apoyo de la elite bonaerense a la conducción política nacional. En 1880 Julio A. Roca sucedió a Nicolás Avellaneda en la presidencia, asegurando la continuidad del PAN que se estructuró como una red que unía a las diversos grupos dominantes locales a través de las relaciones entre el poder ejecutivo nacional y los gobernadores provinciales, cuya fidelidad se aseguraba por medio de las subvenciones estatales junto a la amenaza de intervención federal y la utilización del fraude electoral para asegurar la elección de camarillas adictas al gobernante de turno.¹⁵

A partir de 1880 se inició una etapa expansiva caracterizada por el crecimiento de las exportaciones agropecuarias, las inversiones extranjeras en las que Gran Bretaña ocupó el puesto principal y el ingreso de inmigrantes europeos en una escala no registrada en las décadas previas. Con ello se clausuró definitivamente el enfrentamiento político entre la oligarquía porteña y las elites del interior, aunque nuevas convulsiones económicas y políticas iban a poner a prueba la vitalidad de la república oligárquica.

La crisis de 1890 y el impacto social y político de la larga etapa de recuperación: 1890-1902

Si bien el detonante fue el fracaso de la empresa Baring Brothers de Londres en obtener suscriptores para un préstamo garantizado destinado a reconstruir el sistema de abastecimiento de agua de la ciudad de Buenos Aires, la crisis de 1890 fue la consecuencia de un sistema económico basado en un déficit comercial crónico enmascarado por la atracción de capitales para financiar no sólo las inversiones de infraestructura sino también el propio funcionamiento del estado, lo que conducía a una gran dependencia del endeudamiento exterior. De inmedia-

to se produjo el cese de las inversiones exteriores acrecentando el déficit de la balanza de pagos, la salida de oro con una devaluación imparable de la moneda y la caída transitoria del precio de las exportaciones argentinas. Profunda por sus implicaciones y consecuencias económicas y sociales, hizo tambalear a la Banca Baring y al mercado financiero británico e introdujo, tal vez por vez primera, la cuestión social en las preocupaciones del *establishment* advirtiendo la existencia de una clase obrera amenazadora para sus intereses, no por la potencia real o sospechada de sus organizaciones sindicales y políticas sino por la imagen de desesperación que ofrecían los grupos de obreros deambulando sin trabajo por la ciudad de Buenos Aires o reembarcando hacia sus países de origen en una proporción nunca vista.

Sin embargo no fue suficiente para hacer tambalear la estructura política establecida por la «Generación del Ochenta». El sistema de poder supo afrontar la crisis económica y la insurrección desencadenada por la opositora Unión Cívica en julio de 1890, mediante mecanismos institucionales sustituyendo al presidente Juárez Celman por el vicepresidente Carlos Pellegrini, candidato arbitral de todos los sectores del PAN. Éste estableció un pacto con el ala moderada de los insurrectos, demostrando así su capacidad para controlar un suceso más grave que los afrontados en años anteriores.

El gobierno Pellegrini (1890-1892) debió negociar una moratoria con la casa Baring -consiguiendo un acuerdo satisfactorio en 1893 que retrasaba el pago de intereses hasta 1898- y estabilizar la balanza de pagos, gravemente deficitaria, iniciando una política basada en la drástica reducción de la importación de bienes de consumo directo -que representaban gran parte del consumo de la población, incluidos los sectores más populares; y en el aumento de las exportaciones para lograr un saldo comercial favorable, lo que produjo, entre otras cosas, un deterioro notable de los niveles de vida de esas clases populares. A pesar de que a lo largo de la década los precios agrícolas internacionales experimentaron una notable recuperación, esa política destinada a mantener un superávit comercial fue continuada por sus sucesores, Luis Sáenz Peña (1892-1895), José E. Urriburu (1895-1898) y los dos primeros años de la presidencia de Julio A. Roca (1898-1904).¹⁶

Ello no significaba que mejorara el nivel de vida de la población asalariada, ya que la elevación de los precios internacionales de los productos argentinos de exportación, que al mismo tiempo formaban parte del consumo básico popular -entre los cuales la carne vacuna y los cereales

ocupaban un lugar predominante- repercutían en los precios internos de los mismos. Por lo tanto la reactivación económica sobre estos ejes significaba al mismo tiempo la disminución del poder adquisitivo y la penuria de la clase obrera. Ello explica el descenso del salario real, ya que los reclamos de aumento salarial de diferentes colectivos de trabajadores se situán en el ámbito de los porcentajes de dos dígitos entre 1888 y 1897.

Tabla I. *Exportaciones e importaciones argentinas por grandes rublos, 1885 - 1914 (promedios anuales por quinquenios).*

	(1) Export. Agrícolas	(2) Export. ganaderas	(3) Import. bienes consumo	(4) Import. Bienes capital	(3) por habitante	(4) por habitante
	Millones de pesos oro				Pesos oro	
1885-89	18	61	79	40	25,77	13,05
1890-94	27	52	68	29	18,82	8,03
1895-99	37	64	80	27	18,96	6,40
1900-04	86	78	91	38	18,72	7,82
1905-09	181	108	144	122	24,82	21,02
1910-14	206	132	212	147	29,43	20,41

Fuentes: A.G. Ford, "Comercio exterior e inversiones extranjeras", en G. Ferrari y E. Gallo (comp.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1980, p. 508; E. Tornquist, *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años*, Buenos Aires, 1920, p. 134.

Las consecuencias de esa coyuntura crítica fueron más allá de las repercusiones macroeconómicas, induciendo la aparición de nuevos escenarios de potencial conflicto político y social, distintos del omnipresente ámbito agrario. La reducción de la entrada de capitales extranjeros y la pérdida de confianza internacional en la capacidad financiera argentina también había contribuido a la reducción de importaciones. Esta situación brindó a los sectores manufactureros domésticos -el sector secundario existente en la ciudad de Buenos Aires y algunas grandes ciudades del interior- la oportunidad de aumentar su actividad y aumentar sus beneficios. Especialmente en el ámbito de los bienes de consumo durables (calzado, vestido, etc.) se abría la posibilidad de elaborar productos estandarizados y baratos dirigidos a un mercado de consumo más amplio que el tradicional, y que la fuerte inmigración extranjera de la década de 1880 no había hecho más que engrosar.¹⁷ Pero también produjo efectos contrarios a sus intereses. Los empresarios locales de-

bieron encarar estas nuevas perspectivas en un marco determinado por el incremento de la entrada de oro en el país, como consecuencia del aumento de las ventas exteriores de productos agropecuarios, valorizándose progresivamente el papel moneda a lo largo de la década. Debieron afrontar un encarecimiento de la mano de obra, a la que habitualmente se pagaba en papel moneda devaluado, así como un abaratamiento de los artículos de consumo importados, de cuya competencia debían protegerse. La restricción de importaciones también había alcanzado a los bienes de producción, de forma más intensa aún que con los bienes de consumo, reduciendo las posibilidades de expansión industrial por vía del crecimiento del parque tecnológico.¹⁸ Por lo tanto el recurso inmediato era el abaratamiento máximo de la mano de obra y un control estricto sobre el proceso de trabajo, que implicaba la supresión de hábitos de autonomía de los trabajadores.

Para los trabajadores, en cambio, la circunstancia agravante era la sobreoferta de fuerza de trabajo producida por la reanudación de la inmigración exterior, a partir de 1895, luego de la depresión sufrida en el período 1890-94, aunque sin alcanzar todavía el volumen anterior a 1890, cuya presión sobre el mercado de trabajo compensaba cualquier tendencia al alza de los salarios, facilitando la reducción de costes de producción que intentaban los empresarios.¹⁹ La consecuencia de esta situación fue el progresivo aumento del desempleo que alcanzó cifras cercanas al 18 por ciento hacia 1899 y debilitó aún más las posibilidades de los trabajadores de sostener sus salarios y rechazar las imposiciones de los empresarios.²⁰ Sin embargo, debe matizarse el impacto producido por la reanudación de la inmigración sobre el mercado de trabajo urbano. Es indudable que producía en numerosos sectores económicos una sobreoferta de mano de obra que presionaba los salarios a la baja, pero también que no cubría todas las necesidades de mano de obra artesanal o especializada, de la que continuaba siendo tan dependiente la actividad manufacturera y el sector servicios en Argentina. El impacto de la recesión no afectaba por igual a todos los sectores obreros.²¹ Por lo tanto el empresariado, ante la imposibilidad de reemplazar fuerza de trabajo mediante una mecanización intensiva, para lo cual carecían de los capitales o medios de crédito suficientes, o de recurrir en todos los casos a la sustitución de obreros cualificados por mano de obra más barata, tuvieron que emplear otros métodos para intensificar la productividad de sus trabajadores, así como para encuadrar adecuadamente a esa gran oferta de mano de obra no cualificada aportada por

la inmigración: los reglamentos disciplinarios y el pago a destajo. Es en este final de siglo cuando se intensifican las denuncias de la prensa obrera sobre la proliferación de su aplicación.²²

Si los años noventa comenzaban con la ruptura del monopolio de la escena política por el conservador PAN, con la aparición de la opositora Unión Cívica, transformada luego en Unión Cívica Radical (UCR), a mediados de esta década se completaba el panorama al constituirse el partido socialista. Este, con el nombre de Partido Socialista Obrero Argentino (PSOA), era el resultado de la convergencia de varios núcleos socialdemócratas de origen europeo y criollo con el apoyo de algunas sociedades de resistencia que reunían a los obreros más cualificados, como constructores de carruajes, carpinteros, talabarteros o tipógrafos. Su congreso fundacional se realizó en 1896, dotándose de un programa que incluía la acción política a través de su participación electoral. Esta decisión tan temprana de implicarse en las contiendas políticas dominadas por el PAN le valió a los socialistas algunos apoyos entre las organizaciones obreras, pero también no pocos rechazos que condicionarían hasta la segunda década de este siglo una relación con el mundo obrero societario caracterizada por la polémica y la conflictividad.

En los primeros años de nuestro siglo continuaron los efectos de la evolución económica marcada por la crisis de 1890, lo cual significa que hasta 1902 se profundizaron los efectos de la recesión reiniciada en 1897, después de la breve recuperación del bienio 95-96, afectando el desempleo a casi 50.000 trabajadores durante 1901 en la ciudad de Buenos Aires, y en un deterioro extraordinario de las condiciones de vida de aquellos que podían obtener todavía un salario más o menos permanente. La *Sociedad Cosmopolita de Obreros Albañiles* se quejaba de que

*'...la desocupación, aunque estamos en primavera, abunda y por consiguiente la crisis, la miseria en estos meses es anormal para los albañiles, y da a prever tiempos aún más tristes'*²³,

reconociendo de que ni siquiera operaban las esperadas reactivaciones estacionales de la actividad económica, que en años de crisis habían salvado parte de las necesidades obreras. El diario *La Prensa*, alejado de cualquier punto de vista moderadamente favorable a los intereses obreros, efectuó en 1901 una investigación de la situación de las clases populares, y especialmente de los asalariados en la ciudad de Buenos Aires, durante los meses de agosto, septiembre y octubre en los que el

comienzo de la cosecha normalmente ponía en marcha los mecanismos económicos adormecidos durante el otoño y el invierno. Sus conclusiones dibujaban un panorama desolador para los trabajadores residentes en la ciudad, y hallaba la causa en la prolongada presencia del P.A.N. en el poder en el momento en que Julio A. Roca, su líder indiscutible, desempeñaba su segundo período presidencial. El diario consideraba como factores determinantes de la crisis la elevación de los impuestos, el precio excesivo de los alquileres, la inflación de precios de los artículos de consumo como consecuencia del gran número de intermediarios en el proceso de su comercialización, y el proteccionismo industrial que artificialmente favorecía una sobreproducción que ahora se pagaba con el despido de numerosos obreros al producirse un desequilibrio entre la oferta y la demanda, coincidiendo con la crítica hecha desde el movimiento obrero.²⁴ Esta serie de artículos revela la preocupación de un sector de las clases dominantes por el potencial desestabilizador del sistema que se estaba desarrollando bajo sus pies -en forma de paro y carestía- como consecuencia de la aplicación a ultranza de una política globalmente buena para sus intereses pero arriesgada por los focos de descontento que podía llegar a generar. No les faltaba razón ya que en este bienio inaugural del siglo se producirían dos acontecimientos que tendrían hondas repercusiones posteriores. En 1901 se fundará la primera federación obrera que perduró y tuvo una incidencia real en el movimiento obrero y en 1902 tendría lugar la primera huelga general.

No cabe duda que este bienio fue la fase más crítica de una década muy problemática y decisiva para la consolidación del modelo de desarrollo capitalista en Argentina, sólo atenuada por la reactivación de 1895-1896. M. Mitchell en su obra clásica sobre los ciclos económicos, sitúa en estos años una fase de profunda depresión en la economía argentina. Di Tella y Zymelman fijan en 1902 el final de la fase recesiva del ciclo económico -agravado en éste y el año anterior por pésimas cosechas- y el comienzo de una nueva fase de crecimiento de crecimiento económico basado en un nuevo impulso de la producción agropecuaria. José Panettieri extiende la recesión hasta 1903, agravada por la elevación de las tasas de interés -provocada por la disminución de circulante-, las inundaciones y sequías, y la amenaza de guerra con Chile.²⁵ Un síntoma destacado de la profundidad de la crisis, y de gran importancia por su impacto sobre la constitución de la fuerza de trabajo asalariada, fue la caída de la inmigración de trabajadores en 1901 y

1902. El partido socialista afirmaba que muchos trabajadores emigraban como consecuencia de la misma, mientras que

'...una gran parte de los trabajadores que se hallan diseminados en el campo viendo que no sólo son explotados y robados por los terratenientes, sino también víctimas de persecuciones y atropellos policiales, huyen de él para refugiarse en la ciudad, aunque sea para vivir miserablemente'.²⁶

Otro de los blancos de la crítica socialista, en esos años del cambio de siglo, era el militarismo de que hacía gala la administración roquista y su impacto en el presupuesto estatal.²⁷ Consideraban a los gastos militares responsables de la inflación al basarse la recaudación fiscal principalmente en los impuestos sobre los bienes de consumo.²⁸

El partido socialista aportaba, con este enfoque, elementos que justificaban a los que consideraban el poder del estado como una pieza básica de la explotación de los trabajadores bajo el capitalismo al imponer con su política agresiva la crisis de subsistencia de grandes grupos de asalariados, y al mismo tiempo con su apelación al espíritu internacionalista neutralizaba su propia propaganda a favor de la naturalización de extranjeros para poder adquirir los derechos políticos.

Con ello contribuía a reforzar las tendencias autónomas que se desarrollaban desde las propias bases del movimiento obrero y de los diversos oficios, debilitando sus propuestas políticas, en tanto que eran las de ocupar paulatinamente posiciones en el aparato estatal a través de la lucha electoral, al pintarlo como un voraz triturador, junto con los patronos, de las energías e ilusiones obreras.

Así culminaba una década en la cual la reducción de la entrada de capitales extranjeros en Argentina y la compensación de la balanza de pagos por medio del aumento de las exportaciones y la reducción de las importaciones, había creado una situación que favorecía la activación de los factores productivos internos no tradicionales, prefigurando una suerte de proceso de desarrollo del sector secundario por sustitución de importaciones, similar en varios aspectos, al que se producirá durante el período de la Primera Guerra Mundial: utilización de la capacidad instalada sin incorporación significativa de tecnología y maquinaria, basada especialmente en la utilización intensiva de trabajo manual cualificado y no cualificado, encajado mediante reglamentos y medidas coercitivas o de estímulo directo a la productividad, en una nueva disciplina de trabajo que reducía notablemente su tradicional capacidad

de maniobra.²⁹ El carácter provisional de este *take off* del sector secundario, estimuló a los empresarios a solicitar medidas proteccionistas a pesar de la situación favorable en que se encontraban con la reducción de importaciones. T. Worthington, comisionado especial del gobierno británico para el comercio con Argentina, observaba en 1898 que la industria argentina había prosperado en determinados rubros -como el textil, vestimenta y sombrerería, papel, construcción de carruajes, botas y zapatos, etc.- gracias a las medidas proteccionistas aplicadas por el gobierno, pero también a la devaluación monetaria persistente del peso respecto al oro que encarecía notablemente los productos importados.³⁰ Pero la consecuencia había sido el inicio de una feroz competencia entre las empresas que ahora se disputaban el mercado interior

'Desde hace unos seis años, la venta de calzado es objeto de una competencia ruinosa para todos los del gremio, así para los dueños de zapaterías como para todos los modestos obreros. La situación difícil para todos los negocios en general y la pobreza que hace tiempo se ha apoderado de la población ha obligado a la industria a reducir cada vez más los precios del calzado, a pesar de que la materia prima ha conservado sus cotizaciones; de manera que la baja afecta única y directamente a la mano de obra. Cada zapatería se ha convertido en un "baratillo": en todas las vidrieras se observan cartelitos muy llamativos con los precios de los calzados -para atraer a los compradores- y esto ha dado lugar a una guerra tenaz en el gremio; guerra de precios en que todos tratan de vender más barato, con gravísimos perjuicios para los indefensos obreros. Cuanto más se encarniza la lucha en la venta, tanto más sufrirán los operarios, hecho que tiene una explicación en la crítica situación que hoy se encuentran los que fabrican botines y zapatos'.³¹

El partido socialista continuó con la prédica antiproteccionista desestimando que la elevación de aranceles de importación favoreciera el desarrollo industrial argentino y reafirmando que en todo caso no mejoraría las retribuciones de los trabajadores.³² Debe reconocerse en esta postura una actitud más compleja que la derivada simplemente de considerar al libre comercio como un factor un progreso material indefinido.³³ También intentaba corresponder al rechazo popular a los precios elevados y la escasa calidad de los productos nacionales de consumo habitual, que progresivamente habían ido ocupando la mayor parte del mercado desde mediados de la década de 1890. Desde el momento en

que el partido socialista consideraba que la explotación de los trabajadores no sólo se efectuaba en la esfera de la producción, sino también en la del consumo -compartiendo esta concepción con el anarquismo local- la oposición al proteccionismo de la industria adquiría necesariamente un carácter anti-capitalista, lo cual también puede explicar su apoyo incondicional al boicot como medida de lucha superior a la huelga.

En el cuarto congreso del partido socialista, realizado en julio de 1901 se recogieron por primera vez reivindicaciones para los trabajadores rurales. Se referían especialmente a la indemnización de los arrendatarios por las mejoras introducidas en sus explotaciones y la reglamentación higiénica del trabajo y alojamiento de los asalariados agrícolas, que se agregaban a las medidas de protección del trabajo urbano que figuraban en anteriores programas mínimos. Pero no hacían ninguna mención a la supresión de la propiedad terrateniente -sólo hablaban de establecer impuestos directos que gravaran progresivamente la renta de la tierra- o de la promoción de la colonización agrícola y el impulso al desarrollo de la pequeña propiedad agraria.³⁴ También por primera vez, reconocían la importancia de la huelga general, pero con reparos ya que agregaban que lo hacían siguiendo los criterios aprobados en los congresos socialistas internacionales. Era más un gesto reconociendo la predisposición creciente a la misma en los medios obreros que un principio asumido con convicción. Anteponían a la huelga el método, tantas veces preconizado, de la organización sindical sólida agrupando de forma permanente a la mayoría de trabajadores de un oficio o ramo -monopolizando la oferta de fuerza de trabajo-, capaz de disponer de recursos financieros -la caja de resistencia- para afrontar un conflicto o simplemente disuadir a los patronos de resistir a las peticiones obreras con la imagen de su fortaleza.³⁵

Tampoco el radicalismo podía vanagloriarse de grandes avances. Luego del fracaso del segundo intento insurreccional, en 1893, la Unión Cívica Radical parecía abocada a la desaparición, lo que parecía reafirmar en el socialismo la expectativa de recoger los frutos políticos de su caída.³⁶ Su declive continuó hasta 1904-1905, en que comenzó a arrojar sus frutos la recuperación lentamente operada bajo el liderazgo de Hipólito Yrigoyen -quien había sustituido a Leandro Alem como consecuencia de su suicidio en 1896.³⁷ En 1901, además de las movilizaciones obreras que recuperaban su pulso, se produjeron varias huelgas universitarias protagonizadas por un estudiantado, que a diferencia

del predominante hasta 1890, procedía en gran parte de las clases medias y muchos de ellos eran la primera generación de descendientes de inmigrantes, lo que revelaba que el ascenso social que favorecía a algunos sectores de población entraba en contradicción con los mecanismos de participación política bloqueados por el oficialismo conservador.

También la crisis alcanzaba la esfera de gobierno al producirse la dimisión de Carlos Pellegrini, oficialmente por haber propuesto la utilización de las rentas aduaneras para el pago de la deuda exterior, frente al rechazo generalizado de la opinión pública. Pero entre los motivos subyacentes debe considerarse que el que había sido timonel de la recuperación de la crisis de 1889-90, rompía ahora con el caudillo indiscutible de la *Generación del Ochenta*, y mostraba así que en el bloque oligárquico comenzaban a producirse fisuras, que delineaban por los menos dos sectores: los partidarios de un continuismo puro y duro, y los que sostenían que ante la prolongada penuria de las capas populares, como precio de la recuperación de la crisis, debía encontrarse el modo de atraerse a las capas medias mediante una reforma política que permitiera un sistema político más abierto, con el fin de no desestabilizar al sistema.

En 1901 se fundó la Federación Obrera Argentina (FOA), que en 1904 cambiaría su nombre por Federación Obrera Regional Argentina (FORA), de mayor resonancia en la historia del movimiento obrero. Se trataba de la cuarta constitución de una federación de sociedades de oficios, luego de los intentos fallidos de 1891, 1894 y 1896, provocados siempre por el carácter *político* que algunos participantes querían imprimirle -la dependencia o vinculación que establecían con la corriente socialdemócrata-, pero también porque hasta ese momento los colectivos más activos de trabajadores habían podido mantener un margen maniobra para la acción individual y solitaria.

Las deliberaciones y resoluciones no siguieron las líneas de clivaje delimitadas por las corrientes socialista y anarquista, excepto en el debate sobre la huelga general donde se enfrentaron los dos campos doctrinarios. En general se adoptaron acuerdos consensuados entre los delegados con la intención de alcanzar el objetivo prioritario de constituir una federación obrera capaz de nuclear a todas las sociedades de resistencia que permitiera coordinar de forma efectiva las actividades reivindicativas de los diversos colectivos de trabajadores.

Incluso respecto a la huelga general se elaboró una resolución de síntesis, redactada por Pedro Gori, con concesiones a socialistas y liber-

tarios, reconociendo que era el instrumento supremo de que disponía la clase obrera pero cuya convocatoria dependería de la constatación de condiciones favorables a su éxito. Reconocían que la huelga general se debería más a la acumulación y convergencia de las frustraciones los trabajadores que a las influencias doctrinarias en el seno de las organizaciones sindicales.⁴⁸ También se aprobaron sendas mociones sobre el sabotaje y el boicot.

A pesar del acuerdo unánime en la constitución de la federación, muchos de los delegados no ocultaron que ello no implicaba renunciar a la preservación de la autonomía de las sociedades de oficio, que debían mantener su identidad específica en una organización más amplia que pretendía englobar a toda la clase obrera.⁴⁹

Esta opinión se manifestó en varios debates -sustitución de los periódicos societarios por un periódico único que representara a toda la federación, la naturaleza de sus organismos de coordinación, etc.- revelando la fuerza que conservaba el mundo del oficio y su cultura de autosuficiencia para trabajadores que estaban experimentando una nivelación a la baja de sus expectativas, y que por ello reconocían que debían formalizar -a través de la constitución de la federación- la necesidad coyuntural de una alianza entre los diferentes colectivos obreros.⁴⁹

La intención de neutralidad de los delegados en relación a las corrientes ideológicas del movimiento obrero, adoptando un carácter estrictamente sindicalista, era fruto de la necesidad de cohesión en medio de una etapa especialmente conflictiva, y quedaba reflejado en la declaración aprobada por unanimidad en la primera sesión

'Considerando que el Congreso Obrero Gremial reunido en este momento se compone de sociedades de resistencia, ó por mejor decir de colectividades obreras organizadas para la lucha económica del presente: Y, teniendo en cuenta que en el seno de éstas caben todas las tendencias políticas y sociales, el Congreso declara que no tiene compromisos de ninguna clase con el partido socialista, ni con el anarquista ni con partido político alguno, y que su organización, desarrollo y esfera de acción, es completamente independiente y autónoma. Por lo tanto, la organización que este congreso acuerde es pura y exclusivamente de lucha y de resistencia'

afirmando así que entendían a la nueva organización como refuerzo y no sustitución de la capacidad demostrada por las sociedades de resistencia.⁴²

Política y sociedad durante la plenitud agroexportadora: 1903-1910.

A partir de 1903 parecían volver sin trabas los éxitos que la economía argentina había conocido antes de 1890. Su situación en el período comprendido entre 1903 y 1910 parecía coincidir con las tesis de los partidarios de la división internacional del trabajo, la teoría de las ventajas comparativas y los librecambistas en general. El septenio representaba para los análisis actuales empapados por los mitos reverdecidos por el neoliberalismo la Argentina que pudo ser y no fue.⁴² A partir de 1903-1904, una vez recuperados de las malas cosechas de años anteriores, los productores se vieron favorecidos por una producción abundante y unos precios internacionales en alza.⁴³ Los motores del crecimiento económico eran el cultivo de cereales que ejercía el liderazgo de la actividad económica, y en el sector ganadero el despliegue de la industria frigorífica -con gran participación de capitales británicos y norteamericanos-, que iniciada con cierto éxito al final de la década anterior bajo el estímulo de las necesidades de aprovisionamiento británicas en la guerra anglo-bóer, tenía su auge en esta fase al perfeccionarse los medios técnicos para el transporte y conservación de la carne enfriada y congelada con destino a la exportación.⁴⁴ Este sector industrial será el primero en estructurarse en base a empresas de escala y además uno de los precursores en la aplicación de sistemas tailoristas en su funcionamiento.⁴⁵ Otro indicador de la coyuntura favorable por la que transitaba la economía argentina es la clara disminución de los quebrantos financieros, que descienden hasta un mínimo en 1904-1905, para alcanzar nuevamente los niveles de la depresión finisecular en 1907.

Al mismo tiempo la floreciente actividad exportadora restableció la confianza de los inversores externos y se reanudaron los flujos de inversión extranjera, ralentizados casi hasta desaparecer en la década previa, esta vez orientados a los sectores privados tanto de transformación como de comercialización y transporte, en lugar de la adquisición de bonos de deuda pública -tal como había sido la principal corriente hasta 1890.

También recuperó su pulso, y ahora de forma espectacular la inmigración europea, que había acompañado también en su declive a las exportaciones. En las vísperas de los festejos del centenario de la independencia, el diario *La Nación* intentaría reconciliar a las elites con la inmigración exterior mediante una tipología típica de la antropología del colonialismo destacando el aporte a la sociedad argentina de la laboriosidad española e italiana, la destreza mercantil británica, la seriedad e inteligencia alemana en el momento que su desarrollo llegaba a su cenit.⁴⁶ El impulso exportador y la recuperación de la confianza inversora aumentaron la capacidad de compra argentina recuperándose el ritmo de importaciones a niveles similares a los del período anterior a 1890. Esta alza no sólo se registró para los bienes de consumo sino también para los bienes de equipo -que si bien no tuvo similar cuantía fue superior a la observada hasta la fecha.⁴⁷ La actividad industrial se mantuvo en el lugar subordinado y marginal acostumbrado conservando su perfil definido principalmente por la escasa mecanización y la utilización de métodos manuales en muchas fases del proceso productivo. Su lento desarrollo determina que todavía hacia el final de la primera década de este siglo continuaran importándose en gran cantidad bienes de consumo perecederos.⁴⁸ Pero no perdió el mercado adquirido en la década anterior, especialmente de productos de escasa calidad dirigidos al consumo popular y aquellos de demanda rígida, con los que no podía competir la importación, y que de este modo se encontraban bastante a resguardo de las oscilaciones del período.⁴⁹

Tabla II. Quebrantos financieros en la República Argentina, 1901 - 1914.

	Valor en pesos moneda nacional	1905=100
1901	47943690	283,95
1902	44479800	263,43
1903	20667907	122,41
1904	10652107	63,09
1905	16884635	100,00
1906	24261803	143,69
1907	45542902	269,73
1908	45809277	271,31
1909	41569846	246,20
1910	53953128	319,54

Fuentes: E. Tornquist, El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos cincuenta años, op. cit. p. 226.

Al comienzo de este período Manuel Quintana sucedió a Julio A. Roca al frente del gobierno, continuando el control del poder ejecutivo por el PAN. Sin embargo, en esta etapa la elite conservadora comenzó a tomar nota del creciente cuestionamiento de su control absoluto de los resortes políticos, desde diversos sectores sociales. En febrero de 1905 se producirá el último intento insurreccional de la UCR que pese a su fracaso, será una señal de su vigor renovado como fuerza política capaz de aglutinar a los descontentos contra el régimen imperante. Hipólito Yrigoyen había organizado un golpe antigubernamental basado en la oficialidad más joven del ejército descontenta con el gobierno conservador que dificultaba su acceso a cargos de mayor rango en el ejército, y con un apoyo civil reducido que, sin embargo, había conseguido incluir a parte de la juventud universitaria. A pesar de su fracaso, el golpe de mano sirvió para suscitar en el gobierno el temor a la repetición de nuevos intentos que podían terminar por derrocarlo. Pero paradójicamente, para la UCR significó el comienzo de su recuperación al permitirle reafirmar su presencia política entre las clases medias, que desde 1896 había ido desdibujándose. Esos empresarios, comerciantes y profesionales liberales -gran parte de ellos formados por la segunda generación procedente de la inmigración- que basaban su ascenso social en las actividades secundarias y terciarias y a los que dirigía su discurso el radicalismo, recuperaban su interés en la actividad política al observar que quedaban excluidos de los beneficios de la recuperación económica mientras los resortes políticos continuaran controlados exclusivamente por la elite criolla.⁵⁰ Las organizaciones sindicales el partido socialista (PSA) rechazaron y repudiaron el intento golpista, al que inscribían en la tradición de las luchas entre fracciones de las mismas clases dominantes que había caracterizado el período denominado de la *Organización Nacional*, -anterior a 1880- y consideraban que ese tipo de enfrentamientos poco podía favorecer al conjunto de la clase trabajadora. Esta debía mantenerse al margen, aun cuando la insurrección radical intentara derribar un gobierno que se había caracterizado por su enfrentamiento con la clase obrera y sus organizaciones.⁵¹

En 1904 será elegido, por primera vez en Argentina y en América Latina, un diputado socialista, Alfredo J. Palacios, un hecho más simbólico que efectivo pero que acusará un cambio coyuntural de opciones políticas, después de constituirse el año anterior, con los escindidos de la FOA una central obrera de inspiración socialdemócrata, la Unión General de Trabajadores (UGT).

También se caracterizará, en su primera mitad, por el intento del gobierno de afrontar la *cuestión social* con otras armas que el exclusivo uso de la fuerza represiva, bajo el impacto de la huelga general de 1902 y la rápida recuperación de la actividad huelguista una vez levantado el estado de sitio en enero de 1903. Joaquín V. González, ministro del interior en el gobierno Roca presentará su proyecto de ley del Trabajo, que si bien fue muy resistido por los sindicatos, recibió, para su elaboración, la colaboración de personalidades del partido socialista, entre ellas Enrique del Valle Iberlucea y Augusto Bunge, este último además destacado médico higienista y autor de los primeros estudios sobre el impacto de las condiciones de trabajo en la salud de los trabajadores. La preocupación gubernamental por la creciente conflictividad social condujo también al inicio de una serie de estudios sobre las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera, hasta ese momento de carácter inédito en Argentina, encargadas respectivamente a Juan Alsina y Juan Bialet Massé.⁵²

Comienza a surgir la asociación patronal a nivel sectorial. La Unión Industrial Argentina existía como cámara del empresariado desde 1887, pero había actuado siempre como grupo representativo del nivel general de propietarios de establecimientos manufactureros, pero no existía un nivel inferior de agrupación de intereses sectoriales. A partir de 1904 comienzan a aparecer las llamadas *secciones gremiales* patronales que respondían a la necesidad de enfrentar en bloque las reclamaciones de los trabajadores del sector y evitar una disgregación que en muchos casos venía determinada por la feroz competencia que los diferentes establecimientos de una rama realizaban entre sí, impuesto por el *take-off* del último quinquenio de los años 90.⁵³

Otra táctica que comenzaron a desarrollar los patronos consistió en fomentar la constitución de sociedades obreras paralelas, de las cuales la más notoria fue la Sociedad de Obreros Portuarios Argentinos, que pretendió, con el apoyo de las autoridades portuarias crear una escisión en uno de los gremios más combativos de la época, pero no fue la única, ya que otros colectivos de trabajadores como los tranviarios y los obreros cartoneros debieron enfrentarse con amenazas de este tipo a la integridad de sus sociedades de resistencia.⁵⁴ Ya existía un antecedente, que actuaba paralelamente a las sociedades de resistencia, en el sindicalismo de inspiración católica -los Círculos de Obreros Católicos- surgidos a partir de 1892 bajo la dirección del padre Grote, y amparados por la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII -verdadera proclama de

proselitismo social en los medios católicos- que habían nacido con la intención de agrupar tanto a obreros como a patronos, atrayendo también a profesionales y empleados de nivel medio.⁵⁵ Pero aún su acción moderada -basada en la colaboración de clases- dirigida a apoyar algunas reivindicaciones obreras, como el descanso dominical, junto a los socialistas, aunque fueran planteados desde el respeto a la legislación vigente y opuestos a toda manifestación violenta, era para los propietarios industriales intolerable ya que de algún modo legitimaba las reclamaciones obreras.⁵⁶ Por lo tanto, la organización de sociedades obreras *dóciles* a los designios patronales fue una iniciativa de los círculos empresarios apoyados muchas veces desde el poder político en el momento en que consideraron necesario adoptar medidas complementarias para frenar la creciente protesta obrera. Su despliegue coincidió en parte con la intensificación de la presión de los patronos sobre las autoridades para que intervinieran activamente en los conflictos obreros.

Los días 7, 8 y 15 de marzo de 1903 se realizaba el congreso constituyente de la Unión General de Trabajadores (UGT). Casi un año después del 2º Congreso de la FOA en el que se produjo la ruptura, se concretaba en esta nueva central obrera la intención de un sector de activistas sindicales de constituir una organización más afín a las posiciones defendidas por el PSA.⁵⁷

El congreso condenó la sanción de la ley de Residencia, (ver pág. 127 y sig.) recomendando que la clase obrera empleara todos los medios de lucha a su alcance para lograr su derogación. Sin embargo, sobre la huelga general el congreso resolvió que debía promoverse cuando existieran garantías organizativas suficientes para asegurar su triunfo, como recurso defensivo de la clase obrera frente a una agresión directa de los patronos o las autoridades políticas. Rechazaba su utilización con fines insurreccionales que podían provocar una reacción de las clases dominantes que produciría graves daños a los trabajadores. En cambio la resolución sobre el boicot, el otro método de lucha tan en boga en ese momento, era claramente favorable aunque sometía su declaración a la decisión de la central obrera. Proponían la abolición del destajo y la obligación de los obreros de adquirir sus herramientas de trabajo -las que debían correr a cuenta del empresario. Se declaraban a favor del arbitraje, mientras que no se definían claramente sobre cooperativas y sociedades mutuales, dejando en libertad a las sociedades afiliadas para decidir sobre su constitución.

Sobre legislación laboral se aprobó que las organizaciones obreras se dirigieran directamente al poder estatal sin intermediarios, contrariando al PSA.⁵⁶ Si se excluía el papel del partido socialista como mediador y representante de los trabajadores en las instituciones estatales, tampoco se satisfacían principios anarquistas ya que afirmaba la necesidad de diálogo con las instituciones políticas.

En su IIIº Congreso, celebrado en agosto de 1905, se definieron las posiciones que condujeron a la ruptura con el PSA, aproximándose la UGT a los postulados del sindicalismo revolucionario, en boga en Francia e Italia. El número de sociedades de resistencia asistentes fue claramente superior a la de las dos convocatorias anteriores, lo que otorgó mayor representatividad a sus resultados y a las consecuencias que tuvo en su relación con el PSA. Las tres resoluciones más importantes fueron las relativas a la huelga general, el pacto de solidaridad y la acción política. Se aprobó que la huelga general se desencadenaría sólo como respuesta defensiva de la clase trabajadora frente a una agresión gubernamental, y con la condición de que su duración y extensión fuera acotada previamente.⁵⁹ El Pacto de Solidaridad, había sido aprobado en el IV Congreso de la FOA (30/7 - 2/8/1904). Su núcleo central era la sociedad de oficios y resistencia la cual conservaba toda su autonomía en el marco de un sistema de acuerdos federativos - que manteniendo la obligación de solidaridad entre las distintas sociedades- recorría todos los niveles, desde el local hasta el internacional, y en el cual los acuerdos que adoptaban los miembros de cada sociedad de resistencia eran soberanos y se transmitían a las demás sociedades, quienes tenían a su vez la potestad de aceptarlas o rechazarlas, a través de la red federativa de la cual el Consejo Federal era poco más que un coordinador y una oficina de correspondencia. La mayoría de los delegados que participaron en las discusiones se pronunciaron a favor del Pacto de Solidaridad.⁶⁰ La resolución finalmente aprobada establecía que especialmente se haría efectivo dicho pacto para oponerse a la aplicación de cualquier legislación del trabajo que contuviera medidas restrictivas para el funcionamiento de las organizaciones obreras, en caso de instauración del estado de sitio y para obtener la derogación de la ley de Residencia. La resolución sobre acción política, aprobada por unanimidad, crispaba las relaciones con el PSA. Ampliaba el concepto de lucha política a cualquier acción de la clase trabajadora de contenido revolucionario, y consideraba a la lucha parlamentaria como un recurso secundario.⁶¹

Tabla III. Sociedades de resistencia asistentes a congresos de FOA y UGT.

U.G.T., IIIº Congreso, agosto de 1905	Metalúrgicos, Talabarteros *, Picapedreros, Obreros en general, Zapateros, Constructores de Carros *, Unión Gremial Femenina, Escoberos, Pintores, Fundidores de tipos, Empajadores de Damajuanas, Curtidores *, Faenadores de cerdos, Hojalateros *, Fotógrafos, Liga Textil, Herreros, Vidrieros *, Homeros, Fraguadores, Lustradores de calzado, Obreros en yuguillos y cadenas, Escultores en madera, Tomeros, Obreros de Usinas de Gas, Electricistas, Cepilleros, Carameleros, Ebanistas, Alpargateras, Tintoreros, Bronceros *, Mimbreros, Plateros, Veleros, Herradores, Confiteros
F.O.R.A. (FOA), IV Congreso, julio de 1904	Obreros del puerto, Fundidores, Mosaiquistas, Mecánicos, Albañiles, Carpinteros, Marineros y Foguistas, Yeseros adornistas, Panaderos, Fideeros, Oficios Varios, Sombrereros, Cocheros de Buenos Aires, Repartidores de pan, Tabaqueros, Maquinistas Bonsak, Conductores de carros, Textiles, Conductores de vehículos, Planchadores y Planchadoras, Plomeros (fontaneros), Carpinteros de ribera, Cortadores de calzado, Escultores y Moldeadores, Colchoneros, Tipógrafos, Encuademadores, Litógrafos, Biseladores, Albañiles, Cloaquistas, Aserradores, Maquinistas de calzado.
* Participaron en el congreso fundacional del PSOA Fuentes: UGT, <i>La Unión Obrera</i> , "Tercer Congreso de la Unión General de Trabajadores de la República Argentina", septiembre de 1905 y Partido Socialista Argentino, <i>Movimiento Socialista y Obrero</i> , Buenos Aires, 1910; FOA, <i>La Organización Obrera</i> , 30 de julio de 1904.	

Al congreso de la UGT la sucedió casi inmediatamente el V Congreso de la FOA, célebre por su definición a favor del comunismo anárquico como la meta con la que culminaría la destrucción del capitalismo abandonando así la relativa ambigüedad ideológica que había mantenido hasta el momento.⁶² Durante el mismo se extrajo como conclusión que la acción del estado había constituido el obstáculo principal para el logro de las reivindicaciones obreras, de la cual era el elemento emblemático la ley de Residencia que resumía en su aplicación toda la capacidad represiva que el gobierno era capaz de desplegar sobre el movimiento obrero.

El argumento, que coincidía de manera notable con el diagnóstico de socialistas y ugetistas, era que la intervención de las autoridades gubernamentales impedía el curso *natural* de los enfrentamientos entre obreros y patronos que debía circunscribirse al mundo del trabajo sin interferencias externas a su ámbito

'...los obreros de la República Argentina, teniendo en cuenta que mientras dure la ley de expulsión no pueden hacer propaganda

*por sus ideas de libertad, porque el que la hace está expuesto á ser deportado si es extranjero, y preso y en algunos casos deportado si es argentino, y que al declararse en huelga solicitando mejoras no hace más que entregar algunas víctimas en manos de la policía [...] nos comprometemos formalmente á no volver al trabajo mientras dure la infame ley de expulsión, para tener luego el derecho de hacer huelgas parciales ó generales cuando á nuestros intereses convenga, sin que en ello tenga nada que ver la policía, porque entendemos que las luchas entre el capital y el trabajo han de cesar con la abolición de aquél'*⁶³

Y contribuía a estas conclusiones la certeza de que el poder político estaba en manos de la elite terrateniente mientras que la burguesía empresarial -su directo antagonista ni siquiera compartía con aquella el control de los resortes estatales.⁶⁴

La existencia de dos centrales, con adscripciones ideológicas definidas ha estimulado en la historiografía la búsqueda de vínculos entre las categorías profesionales y la federación obrera en que se enrolaban. Varios autores concuerdan en señalar que los trabajadores de oficio, cualificados y de tradición artesanal optaban por una central, mientras los no cualificados ingresaban mayoritariamente en la otra. La diferencia estriba en que mientras unos le atribuyen el contingente mayor del primer grupo a la UGT, otros se lo atribuyen a la FORA.⁶⁵ Sin embargo, basta observar cuales eran las sociedades de resistencia integradas a la FORA y la UGT, para concluir que ese criterio es muy poco discriminante. En ambas federaciones se observan sociedades de resistencia en las que predominaban respectivamente los obreros cualificados y no cualificados (ver **Tabla III, pág. 45**).

La fase expansiva protagonizada por la economía argentina hasta 1910, no estuvo exenta de sobresaltos. Entre 1906 y 1907 una convulsión en los mercados de valores británico y norteamericano con la elevación de los tipos de interés, produjo en Argentina una retracción de las inversiones extranjeras, que se habían reiniciado desde el trienio anterior, una vez comprobada la recuperación de la economía argentina después del prolongado *ajuste* sufrido desde 1890.⁶⁶ El resultado fue la recesión que padeció el país durante 1907, que en el marco de una expansión tan importante ha tenido diferentes valoraciones por los análisis posteriores.⁶⁷ A pesar de ellas, es evidente que se interrumpió momentáneamente un curso favorable de la actividad económica del que -entre otros indicadores- es un síntoma el espectacular ascenso de las

quiebras comerciales en Buenos Aires durante ese año (ver **Tabla II, pág. 40**).

Pero no fueron sólo causas externas las que desencadenaron la crisis. Los recursos obtenidos en las ventas al exterior durante la década precedente sumados a la reanudación del aflujo de capitales, reactivaron el fervor importador generando un déficit de la balanza comercial imposible de sostener en la medida en que los precios de los productos de importación aumentaban a mayor velocidad que los de exportación; lo cual constituía un mecanismo recurrente, producto de la dependencia estructural de la economía argentina de centros financieros y mercados exteriores (ver **Tabla I, pág. 30**), a lo que se había agregado el fracaso de la cosecha de cereales debido a las malas condiciones climáticas entre 1906 y 1907.⁶⁸ La reacción del gobierno agravó el problema ya que optó para equilibrar el déficit de un presupuesto que venía creciendo desde la salida de la recesión recurriendo al aumento de la presión impositiva sobre los bienes de consumo, a la reducción de su personal -que mantenía la ocupación de buena parte de la baja clase media- y las subvenciones a las obras públicas provinciales y municipales, lo que combinado con la elevación de las tasas de interés condujo a una casi paralización de la actividad económica. El panorama recesivo se complicó con el alza de los precios de los productos de consumo habitual -especialmente el pan y la carne vacuna que constituían los componentes básicos de la dieta de la mayoría de la población- así como el precio de los alquileres de las viviendas. La prensa obrera reflejaba en sus páginas la preocupación por el deterioro de la situación económica de las clases populares, y adjudicaba la carestía a la acción de los especuladores que controlaban el comercio exterior de cereales, así como al proteccionismo que las elevadas tarifas aduaneras imponían a los productos de consumo extranjeros que impedía su concurso para obligar al descenso de los precios de los productos argentinos.⁶⁹

La inmigración cumplió cabalmente su papel de indicador de la coyuntura produciéndose un aumento considerable del aflujo de extranjeros, que igualó al final de la década los saldos migratorios obtenidos antes de 1890, si bien presentó un retroceso momentáneo durante el crítico 1907.⁷⁰

El fallecimiento de Manuel Quintana en 1906 condujo a la presidencia de la república a su compañero de fórmula y miembro del sector *pellegrinista* del conservadurismo, José Figueroa Alcorta. Esta fracción del PAN era fruto del enfrentamiento de Carlos Pellegrini con Julio A.

Roca cuando en 1901 aquel debió abandonar el gobierno por presiones del último, y encarnaba a los sectores que dentro de la elite dirigente consideraban que debía impulsarse algún tipo de reforma política que descomprimiera la tensión provocada por los enfrentamientos sociales y políticos que agitaban al país desde el comienzo de siglo.

Consideraban que para evitar que las clases medias tuvieran como único referente político a la UCR, desde las filas conservadoras debía favorecerse algún tipo de participación en la conducción del estado. Para ello proponían un proceso integrador de curso gradual que no pusiera en peligro la hegemonía de la elite dirigente, a través de ganar a aquellas para un partido conservador mayoritario -de *masas*- para el cual las técnicas y talante del gobierno Roca resultaban inadecuadas.⁷¹

Sería el sucesor de Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña, quien culminaría la tarea con la reforma electoral de 1912 que establecía el sufragio masculino universal para los mayores de dieciocho años, un censo electoral basado en las listas de reclutamiento militar y la obligatoriedad y secreto del voto, y que permitiría el triunfo electoral de la UCR en 1916.

Mientras tanto, el gobierno conservador también adoptaba algunas decisiones políticas para intentar amortiguar la tensión social. En 1905 se aprobó una ley que regulaba al descanso dominical, con la limitación de ser sólo aplicable en la Capital Federal y los territorios bajo jurisdicción del gobierno central, y en 1907 otra sobre el trabajo femenino e infantil. Ese mismo año se constituyó el Departamento Nacional del Trabajo. Sin embargo ni las leyes fueron aplicadas con decisión ni la institución estatal tenía capacidad para arbitrar en los conflictos laborales ni sancionar a los empresarios. Su naturaleza informativa y no judicial se reforzó con su dependencia del Ministerio de Interior, lo cual significa que las cuestiones suscitadas por el mundo del trabajo seguía considerándose principalmente un problema policial, y no de otra índole.⁷² Sin embargo estos cambios que se producían en la cúspide del poder político no significaban necesariamente una distensión inmediata de la situación. La acción represiva del gobierno sobre el movimiento obrero continuaría con la misma intensidad que antes, y culminaría con la sanción de la ley de Defensa Social de 1910, que endurecía las disposiciones de la tristemente célebre ley 4144, de Residencia.

El PSA consumó en 1906 su ruptura definitiva con el sector sindicalista, que a partir del IV Congreso de la UGT dominó en la conducción de la central obrera, culminando formalmente la escisión que se había

producido en el IIIº Congreso de esta última. En 1908 finalizó la experiencia parlamentaria socialista, recuperando escaños recién en 1912, con la elección del propio Palacios y Juan B. Justo. El PSA atravesaba una fase de dificultades que le impedían dejar de ser un partido de la ciudad de Buenos Aires y algunas capitales del interior -Rosario, Córdoba y La Plata-, para transformarse en un partido de ámbito nacional. Por este motivo durante el final de la década surgieron en el seno del PSA opiniones a favor de una apertura del partido hacia otros grupos políticos más vinculados con las clases medias con el fin de constituir un frente opositor más eficaz al partido conservador en el poder. Para ello consideraban que debía adoptarse una línea decididamente *reformista*, que recuperara para el partido obrero la bandera del nacionalismo con el fin de acercarse a sectores tradicionales opuestos al PAN, para consolidar un frente de unidad nacional.⁷³ Pero la necesidad de mantener al PSA al margen de cualquier alianza con otras formaciones políticas se mantuvo hasta el final de la década. En el octavo congreso del PSA -realizado en mayo de 1908- se aprobó una cláusula por la que se prohibía a todo militante la participación en círculos o núcleos políticos con fines electorales que no asumieran la totalidad del programa socialista.⁷⁴ El discurso dirigido a reforzar la unidad del partido era estimulado por la constatación del crecimiento y recuperación de la UCR, que podía desempeñar ese papel de aglutinante de la oposición al PAN desde varios sectores sociales.⁷⁵

Ante esta situación el PSA respondía reafirmando el objetivo de constituirse en representación exclusiva de la clase obrera organizada políticamente, y que afianzando su naturaleza clasista obtendría tarde o temprano el apoyo mayoritario de los trabajadores.⁷⁶

Mientras tanto, la unidad de acción manifestada a través del movimiento huelguístico y especialmente durante las huelgas generales no ofrecía un correlato a nivel organizativo y exigía una mayor coordinación entre la FORA y la UGT, que facilitara una futura fusión.⁷⁷ Los miembros del PSA afectos al sindicalismo revolucionario habían sido prácticamente expulsados del partido en su séptimo congreso, realizado en abril de 1906, lo cual facilitaba su diálogo con los núcleos libertarios de la FORA, ya que al conservar sus posiciones en la UGT podían presentarse como desligados de cualquier compromiso con los objetivos políticos del PSA.⁷⁸ Al mismo tiempo, desde la FORA se daban pasos en el sentido de la fusión. En su sexto congreso, realizado entre el 19 y el 23 de septiembre de 1906, se propuso la fusión con la UGT, argu-

mentando que existían varios ejemplos favorables, como las fusiones que habían realizado algunas sociedades de oficios afines pertenecientes a ambas federaciones.⁷²

Pero esta aproximación entre sociedades de resistencia ocultaba un fenómeno que debilitaba a ambas federaciones obreras. A partir de 1906 varias sociedades de resistencia de singular peso -como por ejemplo los constructores de carros o los pintores- se separaron de ellas formando con la sociedad homóloga perteneciente a la otra federación, una nueva sociedad conjunta que se agregaba a las denominadas *sociedades autónomas*.

Estas reunían hacia el final de la primera década del siglo un número mayor de afiliados que la FORA y la UGT, respectivamente. Algunas de ellas tenían un activo protagonismo en los conflictos laborales, como la Federación de Rodados -que reunía a todos los trabajadores de los medios de transporte de mercancías y pasajeros no ferroviarios-, Constructores de Carros -que se había separado de UGT en julio de 1906 -, Constructores de Carruajes, Federación Gráfica Bonaerense -resultante de la fusión de la Federación de Artes Gráficas (FORA), la Unión Gráfica (UGT) y dos sociedades de obreros alemanes y franceses. Una característica casi común a la constitución de estas sociedades fue la fusión en una sola entidad representativa del gremio al margen de las dos grandes federaciones, luego de experiencias conjuntas en conflictos laborales que terminaron pesando más que la pertenencia a la FORA o la UGT, mientras que en otros casos la separación de la federación se esgrimía como forma de presión hacia la fusión de ambas grandes federaciones, tal como había sucedido con la sociedad de resistencia Unión Cosmopolita de Obreros Pintores de Buenos Aires.⁸²

El Departamento Nacional del Trabajo señalaba en una encuesta sobre las organizaciones sindicales de la ciudad de Buenos Aires, realizada en 1908, que la mitad de ellas eran autónomas. Sin embargo, en ese momento eran muchas más si tenemos en cuenta que la encuesta no incluyó dentro de ese grupo a la Federación Gráfica Bonaerense, que no estaba adherida ni a la FORA ni a la UGT.⁸¹ Por lo tanto, la mayor proporción de afiliados a sociedades de resistencia se encontraba en ese momento fuera de las grandes federaciones. Cabe señalar que el fenómeno no afectaba sólo a las sociedades de constitución reciente, sino también a las más antiguas.⁸² La unidad de acción reflejada en las huelgas generales y grandes huelgas sectoriales, ocultaba los resultados que estaban obteniendo algunos gremios mediante acciones que poco

dependían de la existencia de grandes centrales sindicales. En general para aquellos que mantenían todavía un cierto control de su mercado de trabajo continuaban considerando a esas instituciones que representaban la solidaridad entre oficios como redes laxas de coordinación que no debían impedir su actuación autónoma e independiente.⁸³

La tensión entre unidad y dispersión del movimiento obrero determinada en gran parte por la existencia de sectores de trabajadores de oficio con distintas probabilidades de imponer sus condiciones comenzaba a ser un hecho reconocido explícitamente, que sugería al societarismo que la sociedad argentina y la propia clase obrera evolucionaban con ciertos rasgos específicos que las desviaban del camino que recorrían sus homólogos europeos

'Los diferentes gremios obreros desligados por completo de los demás, en la lucha cotidiana por la mejor vida de sus componentes, practican métodos de lucha basados sola y simplemente en la necesidad de sus componentes á tal ó cual industria'.⁸⁴

El congreso de unificación se inició el 28 de marzo de 1907 en la ciudad de Buenos Aires, bajo el clima auspicioso producido por la reciente huelga general que demostraba una vez más la unidad en la acción de las fuerzas obreras, pero resultó un rotundo fracaso, debido a la disputa sostenida entre delegados socialistas y anarquistas.⁸⁵ Los primeros defendían la neutralidad ideológica de las organizaciones sindicales como condición de su afianzamiento y representatividad, mientras que los delegados procedentes de la FORA habían logrado que se aprobara como objetivo de la nueva federación unificada el comunismo anárquico.⁸⁶ Los socialistas, creyendo que el fracaso de la fusión y la proliferación de sociedades no adheridas a las grandes federaciones señalaba el momento de recuperar su influencia en los medios sindicales, resolvieron invitar en su octavo congreso (23- 25/5/1908) a la UGT y a las sociedades de resistencia a coordinar actividades y propaganda en el movimiento sindical, lo que en los hechos significaba un regreso parcial a la matriz *tradeunionista* de sus orígenes.⁸⁷ Proponían la constitución de una federación de las organizaciones autónomas como el marco en el que se integrarían las sociedades adheridas a la FORA y la UGT, hasta la completa disolución de estas. Según los socialistas, el núcleo idóneo a partir del cual se irían agregando las otras sociedades, parecía estar integrado las sociedades de constructores de carros y carruajes, los conductores de vehículos -que pertenecían a la Federación Nacional de Rodados-, la Confederación de Ferrocarrileros, la Federa-

ción Gráfica Bonaerense, más algunos otros gremios recientemente separados de las federaciones, como los talabarteros, vidrieros y carpinteros.⁸⁸

La única sociedad incluida en la propuesta que representaba a trabajadores no cualificados era la Liga Internacional de Domésticos. También la UGT, en la segunda mitad de 1908, retomaba con insistencia la necesidad de fusión de las organizaciones obreras. Ya que, después del fracaso de la huelga general de enero de 1908 y el debilitamiento del movimiento huelguístico, aparecía como consecuencia de esa disgregación del societarismo obrero.⁸⁹ Las sociedades autónomas crearon un Comité Profusión en enero de 1909, que elaboró los criterios que marcarían las discusiones del congreso fundacional. Reivindicaban nuevamente la acción directa rechazando al acción política parlamentaria y adoptaban la estructura federativa para garantizar la máxima autonomía de cada una de los sindicatos adheridos, recogiendo los principios básicos que sostenía la mayoría del movimiento obrero desde la fundación de la FOA.⁹⁰

En el congreso de unificación (25-26/9/1909) se constituyó la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA). La aprobación con ligeras modificaciones del Pacto de Solidaridad, como base constitutiva y organizativa de la nueva confederación contribuyó a facilitar los acuerdos y vencer la reticencia de los delegados foristas más identificados con los núcleos anarquistas.⁹¹ En realidad la organización combinaba elementos de ambas centrales. De la FORA, la garantía de la total autonomía de las organizaciones básicas, de la UGT el concepto de la lucha de clases como enfrentamiento principal en el seno del capitalismo, de ambas el distanciamiento de organizaciones políticas, y de la última la negativa a aceptar un rótulo ideológico.⁹²

CAPÍTULO II.

La economía urbana: escenario principal de los conflictos laborales y sociales.

El desarrollo y funcionamiento de la economía urbana, y especialmente el sector secundario, estuvo condicionado y mediatizado por las actividades de exportación agropecuaria, la escasez de capitales, la competencia de productos importados y la preferencia de la población por ellos, y la necesidad de importación de materia prima (la que hasta final del siglo XIX pagaba derechos superiores a los correspondientes a productos acabados), bienes intermedios de utilización industrial o máquinas-herramienta para el funcionamiento de determinados sectores.

Se trataba de una estructura industrial muy elemental y de gran flexibilidad, pero al mismo tiempo vulnerable, porque quedaba sometida a los vaivenes del comercio exterior, verdadero motor de la economía y ocupaba un lugar secundario en las preferencias del sector financiero que favorecía los créditos a las actividades agropecuarias y comerciales (véase **Tabla IV, pág. 54**).

La resultante no podía ser otra que una industrialización parcial, consecuencia de la especialización agroexportadora, dedicada en parte a la transformación de los productos procedentes del sector primario y para la cual los insumos importados no resultaban esenciales o ventajosos.

Además la actividad industrial no se desarrolló equilibradamente a lo largo y ancho del territorio nacional. Siguiendo la expansión económica de las áreas donde se estaba produciendo el gran impulso agropecuario se desplegó principalmente por la región litoral y pampeana; donde además de concentrarse el grueso de la población, se extendían las principales líneas ferroviarias que convergían en las dos principales ciudades del país que eran la mismo tiempo los mayores puertos de exportación: Buenos Aires y Rosario de Santa Fe.

Dentro de esta extensa región el desarrollo era desigual ya que la ciudad de Buenos Aires concentraba, a fines del siglo XIX, la tercera parte